

CARTA A LÉVI-STRAUSS

Juana Lucía Cabrera Prieto

23 de agosto del 2009
Leticia, Amazonas, Colombia

Estimado y remoto señor:

No es fácil comenzar con estas líneas, muchas dudas surgen alrededor de qué contarle y cómo hacerlo, pero creo que la idea de escribirle esta carta ya ha estado madurando el suficiente tiempo, desde su aniversario número cien, como para que la termine escribiendo cuando usted celebre sus 110 años. Primero que todo, desde este rinconcito del planeta le deseo con mis más fervorosas energías felicitaciones por su aniversario. Este acontecimiento me alegra mucho; es un sentimiento extraño el saberle tan admirado y tan querido, lejano, y a la vez tan ser humano, cercano. Es decir, es diferente que uno lea sus libros, cite sus textos y admire su trabajo, y al mismo tiempo saber que usted, como yo, amanece bajo el mismo sol, sufre de hambre, de frío, de soledad, de rabia, lo que al final nos hace estar vivos, las gracias de cualquier ser humano, y saber que esto lo vuelve “accesible” para los otros mortales.

Por ello, la moción de mi carta parte del ser humano sustancial, el Lévi-Strauss no académico, el ser humano de la cotidianidad que yo he ido construyéndome, o por lo menos aquel ser con el cual podría comentar mis dudas y mis temores sobre el ancho mundo, tanto de la antropología como el de la vida de verdad.

Ojalá los análisis que yo alcanzo a hacer de sus obras estuvieran tan avanzados como para poderle escribir y preguntarle acerca de su trabajo, debatirle, cuestionarle o, en dado caso, aportarle. Pero soy sincera, o la verdad sea dicha, como muchos otros dicen, ante su obra es necesario dejarse llevar una y otra vez por el fluir de sus palabras y de sus ideas, comprendiendo en cada lectura cosas, sucesos, haciendo asociaciones, viviendo y ampliando sus sensaciones, sus pensamientos con nuevas experiencias que mi propia vida va adquiriendo.

Especialmente, estoy muy orgullosa de poder contar con sus *Tristes trópicos*, vivir al mismo tiempo en ellos. Al haberme aventurado en su lectura tantas veces, me arriesgué a vivir yo misma mi propia

jornada. Salir del centro para conocer lo insospechado, la Amazonia. Reconocer lo que los libros murmuran, que no es la mitad de lo maravilloso de lo que realmente es: encontrar un aire límpido, una frontera abierta a todo, un espacio que por momentos nos deja soñar con la idea de conseguir la libertad, pero también con tantos problemas que conviven en un espacio lleno de energías densas: el alcohol, pueblos de muchos lugares que diariamente se están construyendo: indígenas, mestizos peruanos, colombianos, brasileros, múltiples lenguas, múltiples perspectivas de vida.

Cada vez que pienso en sus *Tristes trópicos* surgen tantas cosas que decirle, que preguntarle. Dejando de lado al académico y acercándome al humano que escribió y vivió ese trópico, me ha quedado siempre una pregunta muy sencilla que creo que nunca se llegó a resolver en su libro, precisamente por sencilla, por cotidiana: ¿qué le ocurrió a Lucinda, esa miquita simpática que usted cargaba cuando estuvo en el Brasil? Francamente, ella representa una sensibilidad suya que me parece muy bella. Digo esto porque a pesar de estar arreglando los problemas del trabajo de campo, a usted todavía le quedaba paciencia para tener en cuenta al animalito.

Como telón de fondo, Leticia: una ciudad colombiana que se ubica en un pedacito del gran río, el Amazonas. Y en escena, dentro de estos veranos, aparecen los atardeceres (y amaneceres). Si bien es cierto que la imagen visual no se puede desprender de los sonidos que directa o indirectamente generan, en este caso la música es producida por bandas de loros que salen revoloteando de sus escondederos de sol hacia algunos árboles dispuestos en el parque central de la ciudad. La bulla es escandalosamente bella, ¿será la sorpresa o el acontecimiento de verse tras horas de indiferente pérdida? Los loros saludan y despiden los días jugando con los ritmos de la gente y de ellos mismos. Indican la hora (en el caso del atardecer) de cambiar de dinámica y dirigirse a casa. La ciudad se llena de vida y ánimo, las luces de las casas empiezan a aparecer, el aire se respira sin sopor, y una leve sensación de que principia el mañana, desde el anochecer, infunde ánimos para pensarse en otro día. Los pasos se aligeran y se cuenta con la fortuna de poder ver el horizonte hacia el gran río Amazonas, los sentidos se ponen alerta y me emocioño ante la imponente muerte del sol. El cielo lo hace de una manera tan digna que se viste con sus mejores galas de colores, aquellos

que no se pueden describir, porque simplemente se funden y se separan de una manera tan sutil que el propio intento de diferenciarlos le restaría un poco de magia. Sus tonos, que cada día nos recuerdan lo esplendorosos que son los ciclos de la vida, la muerte y la vida. Le quería contar todo esto para ubicarlo en un momento de tiempo universal, el caer de la noche, además porque me emociona pensarlo a usted desde un pasado que puede parecerse un poco a lo que estoy percibiendo en estos momentos.

Múltiples dudas e inseguridades afloran diariamente en mi cabeza: que si se sigue el camino indicado, que si las acciones no afectan el trabajo de la otra gente, que cuáles son las situaciones que deben ser estudiadas con prontitud, qué papeles debemos cumplir en los nuevos procesos de transformación e inserción de tanta gente indígena o en las reivindicaciones luchadas de los pueblos indígenas, e incluso preguntas tan radicales acerca de la desaparición de la propia noción de ser indígena. Esta última queda totalmente descartada, por lo menos hasta que adquiramos la capacidad de entender las diferencias, siendo todos gente, es decir, aceptando las múltiples formas de vivir sin imposiciones, entendiéndolas como decisiones, muchas veces, del destino.

Lo poquito que yo he podido ver por estos parajes está mixturado con la esperanza, que de una u otra forma nos demuestran las personas que comparten ciertas opiniones y formas de vida diferentes de aquella ubicua que se nos muestra, la del mercado. Creo que ese es el cáncer que carcome lo que toca, como usted decía de la mancha de podredumbre que dispersa Occidente. Y a pesar de que somos hijos de ese gran manto de desesperanza y deseo de consumo, desde siempre lo hemos transformado. Y aunque existe un caos cotidiano de futuro, yo estoy firmemente convencida de las utopías y de los héroes, que los posmodernos han intentado reducirnos al individuo y a la única historia que al parecer nos hace parecidos: la del consumo.

Somos todos un gran producto de la historia y compartimos eso de llamarnos gente, que no vive en total equilibrio, sino que es eso... gente, y, lo más chévere, gente diferente que debe empezar a plantearse una nueva estrategia de poder coexistir con todos, viviendo bien.

Le escribo toda esta perorata un poco para convencerme a mí misma de que la palabra del portugués *tomara*, que significa “ojalá” en español, tenga significado y se refleje en mi actuación como potencial

antropóloga. Es decir, se trata de ese “ojalá” de empezar la lucha por construirnos un mundo más ameno, en donde se pueda ser libre teniendo en cuenta las variadas libertades que existen.

Se lo cuento a usted por múltiples motivos, porque sus trabajos fueron o son la base para muchas investigaciones en la Amazonia, porque estuvo usted en sus primeros años de etnólogo por estos lares, porque el compromiso de su vida hacia las ciencias sociales le hace merecedor de saber de unas sencillas ilusiones que parten de un entendimiento propio como habitante de esos tristes trópicos, esa flor salvaje que junto con muchos lugares más tórridos tienen aún la capacidad y necesidad de regeneración de pensarse en otros términos, de volver a ser gente. Para terminar, sin ser necesariamente el fin, sepa que me lo imagino a usted como un joven tranquilo pintado con las palabras de cierto libro de Shakespeare, salpicado con múltiples mitos amazónicos, humano y, por ende, ambiguo, pero profundamente soñador.

Hasta un mejor mañana.